

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE TAMAULIPAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTORICAS

PEDRO JOSE MENDEZ
ROMANCE HISTORICO

Por
J. C. VERÁSTEGUI
(Guanajuato 12-12-1886)

Prólogo
RAÚL GARCÍA GARCÍA

MANUEL PORRUA, S. A. LIBRERIA
5 de Mayo 49 México 1, D. F.

Ciudad de Espinosa, Tamaulipas

Calle de los Gallos N.º 16

TAMAULIPAS

PEDRO JOSÉ MÉNDEZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TAMAULIPAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

PEDRO JOSE MENDEZ

ROMANCE HISTÓRICO

Por

J. C. VERÁSTEGUI
(Guanajuato 12-12-1886)

Prólogo

RAÚL GARCÍA GARCÍA

Cd. Victoria, Tamaulipas, enero de 1977



MANUEL PORRÚA, S. A. LIBRERÍA
5 de Mayo 49 México 1, D. F.

Primera edición mayo 1977
Tiraje: 500 ejemplares

© Manuel Porrúa, S. A. Librería.
Derechos reservados conforme a la ley.

Impreso en México
Printed in Mexico

Impreso en los talleres Litotipográficos Rodas, S. A.,
Comonfort 48, local 45. México 2, D. F.

PRÓLOGO

Los romances, poemas propios de la literatura española, adquirieron popularidad por la sencillez de su estructura y el realismo de los hechos que describen. Se afirma que tuvieron su origen en la fragmentación de las canciones de gesta medievales, y de la división en dos hemistiquios del verso de arte mayor de dieciséis sílabas.

Los cantares de gesta son verdaderas epopeyas inspiradas en acontecimientos históricos. Dos brillantes ejemplos son: *El Cantar de Roldán* compuesto en el siglo XI por un juglar desconocido. Describe al Emperador Carlos El Grande y a sus doce pares; y canta la tragedia de Roldán en los puertos de Roncesvalles. El otro poema es el *Cantar del Mío Cid*, el más bello y antiguo de la épica castellana. Fue compuesto a mediados del siglo XII por un juglar anónimo. Está dividido en tres partes: el destierro, las bodas y la afrenta de Corps, conservando en todas un espléndido realismo.

Se dice que como éstas, otras canciones de gesta llenaban el sentimiento épico popular, pero que, incapaz de recordarlas, el pueblo optó por entresa-

car los episodios de mayor interés iniciando una nueva forma poética: el romance.

Los mexicanos, con el idioma recibimos esta preciosa herencia española y la cultivamos en su estructura original y en su temática histórica, épica y lírica, o bien en breves poemas llamados corridos.

Acontecimientos históricos como la Intervención francesa dieron tema copioso a los poetas para expresar al través de romances la lucha del pueblo mexicano por su libertad.

El romance que ofrecemos en estas páginas salió a la luz el domingo 12 de diciembre de 1886, en el número 147 del periódico El Observador que se publicó en la ciudad de Guanajuato. Su autor J. C. Verástegui rindió homenaje al guerrillero tamaulipeco Pedro José Méndez, héroe legendario por cuyas hazañas llenas de valor, caballerosidad y arrojo, por su vida inspirada en el más puro patriotismo y su juventud exuberante de amor, bien puede ser el Mío Cid de un romance mayor.

Estoy seguro que el romance histórico a Pedro José Méndez es desconocido, no obstante que se hizo una segunda edición, a la memoria del benemérito tamaulipeco, en dos hojas de 30 por 40 centímetros, sin fecha ni indicador que nos dé luz sobre la persona o institución que ordenó su edición.

Mi afición a buscar y adquirir textos antiguos, ediciones de periódicos y folletos, me dio el hallazgo grato de este romance compuesto de 617 versos,

escritos con un realismo generoso, que concuerda con las biografías que del héroe tamaulipeco nos dejaron diversos autores. Tiene la sencillez característica de los poemas escritos para el pueblo.

Que esta nueva edición sea homenaje de la Universidad de Tamaulipas al joven héroe tamaulipeco.

RAÚL GARCÍA GARCÍA

I



EN un pueblecito ignoto
donde los arroyuelos murmuran
y en los árboles el aura
suave y fresca susurra.
Y mil pájaros pintados
mezclan su charla confusa,
atada de dos naranjos
se mece una humilde cuna.
Una madre cariñosa
tira el cordón con presura
cuando el sollozo del niño
sus meditaciones turba.
Mecido por blanda brisa
su suelto cabello ondula
y el sonido de su rueca
es todo lo que se escucha,
con cuyo zumbar monótono
el tierno niño se arrulla:
nada a la dichosa madre
su pecho latente enluta:
deslízanse así sus tardes
sin inquietud, sin angustia,
viendo crecer a gran prisa


al ser que su vida endulza...
 la madre no sospechaba
 que la débil criatura
 en breve sería el milano
 de la garra más robusta,
 que en el largo y dilatado
 periodo de una centuria
 produjera aquel Estado
 do se meciera su cuna...

II



EL niño crece al influjo
 de aquella tierra fecunda,
 armonizándose su alma
 con naturaleza augusta:
 ruge cual fiero aquilón
 si contra la fuerza lucha,
 pero, con los desvalidos
 es más débil que una bruma...
 Generoso, asaz, valiente,
 el llanto su rostro inunda,
 cuando de algún acto heroico
 prolijo relato escucha;
 mas si sabe un hecho indigno,
 arroja su labio espuma...

III


AÚN era adolescente
 cuando en una noche oscura
 un gemido lastimero
 allá en lontananza escucha,
 y corre a prestar socorro,
 más veloz que una gamuza:
 en la ribera del Pánuco
 llorosa y llena de angustia,
 encuentra una pobre madre,
 cuya tierna criatura
 un lagarto carnicero
 entre las aguas sepulta:
 Y con los agudos picos
 de su doble dentadura,
 los huesos del tierno niño
 sin trabajo desmenuza.
 El muchacho valeroso
 vengar a la madre jura,
 y al punto se tira al agua,
 sin quitarse aún la blusa,
 empuñando su cuchillo
 que llevaba en la cintura:
 lo siente el feroz anfibio
 y se va hacia él con furia,
 pero, el joven se zambulle,
 su feroz intento burla,

y su afilado cuchillo
 en el vientre le sepulta,
 y la limpia superficie
 con negra sangre se enturbia;
 luego tirando con fuerza
 de la fiera moribunda,
 la conduce hasta la orilla
 y allí la venganza anuncia
 a la desolada madre,
 muerta de dolor y angustia,
 y procura consolarla
 en su negra desventura.
 Todas las gentes sencillas
 que aquel noble rasgo escuchan,
 al joven sacan en triunfo
 y entusiastas lo saludan.
 Aquel niño desde entonces,
 entre aquella gente ruda,
 un gran ascendiente ejerce
 por su honradez y bravura...

IV



EL adolescente hecho hombre
 multiplica sus hazañas:
 a caballo era un Centauro,
 en el agua, cual pez nada;
 si cazador, en el filo

de su cuchillo, parte balas,
y con sin igual destreza
maneja lanzas y espadas...

V



EN este estado de cosas,
llega el eco a sus montañas
de la alianza tripartita
de Francia, Inglaterra, España,
que contra el pobre México
prepara injusta cruzada,
y el terrible Pedro Méndez,
que así nuestro héroe se llama,
siente que su noble pecho
el patriotismo le abraza,
y diligente se apresta
a combatir por la patria,
pues, su corazón valiente
y la grandeza de su alma,
no puede sufrir la idea
de que impura planta hollara
el césped de aquellos bosques
testigos de sus hazañas...
A su corcel fortalece
y pone listas sus armas;
de la comarca reúne

toda la gente más brava,
y haciendo aprestos de guerra
allí al invasor aguarda...

VI



DE la triple alianza quedan
tan sólo los de la Francia,
que en el Nuevo Continente
hacer conquistas soñaban:
nuestro ejército novel
la lucha desigual traba
con el soldado aguerrido
vencedor en cien batallas,
y a cuya vanguardia viene
traidora gente, menguada,
que lame servil las botas
del invasor de su patria.
Que a no ser así, los puertos
ningún extraño pisara
en son de guerra, de México
bella cuanto infortunada...
Se libran rudos combates,
se dan sangrientas batallas,
enlútanse las familias,
la sangre la tierra baña,
sólo se escuchan gemidos
y el estridor de las armas:

los patriotas ardorosos
 el Himno Nacional cantan,
 y azuzados por sus notas
 sobre el enemigo cargan;
 todos se disputan la honra
 de dar su sangre a la patria,
 y morder el polvo hicieron
 al soldado de la Francia...

VII



PERO, al fin la suerte esquiva
 se nos muestra en las batallas:
 El modesto Zaragoza
 su postrer aliento exhala,
 y en las cumbres de Acultzingo
 hieren al valiente Arteaga;
 también en Chalchicomula
 el parque inmediato estalla,
 crujiendo por el estruendo,
 de la tierra las entrañas
 y alumbrando, del incendio
 la luz fatídica y pálida,
 mil fragmentos de soldados
 que defendían la patria...
 La noticia, cuando apenas
 asoma en Oriente el alba,
 cunde como eco sonoro

por los llanos y montañas,
y al invasor el desastre
bríos le da y esperanzas...

VIII



HERROJADO, mustio y pálido
se oculta el sol de la patria,
y parduscos nubarrones
cubren su cielo de grana:
el ejército de Puebla

se ve en situación precaria;
escaso de provisiones,
sin pólvora ya, y sin balas,
entrégase al enemigo
rompiendo altivo sus armas,
y de desastre en desastre
a su ruina el país marcha...
El Congreso se disuelve
después de tantas desgracias,
y ya el Gobierno del pueblo
toma el rumbo de Chihuahua...

IX



EL invasor atrevido
pone en México su planta:
se recibe bajo palio
a aquella feroz canalla;
y una junta de notables,
formando risible farsa,
obediente a la consigna,
que sus señores le daban,
con cinismo sin ejemplo
la monarquía proclama.
Y el imperio echa raíces
en el suelo del Anáhuac;
mas las raíces no tienen
esa fecundante savia
de la aquiescencia del pueblo
que fortalece una causa.
¡El Imperio es planta exótica
en la tierra americana!

X



DESTRUÍDO ya nuestra ejército
desnudo, hambriento y sin armas,
apela al último extremo,
a la guerra de montañas,
y fraccionado en guerrillas

abre la nueva campaña...
 Los guerrilleros disputan
 el terreno que pisaban,
 y mil patriotas se inmolan
 ante el altar de la patria,
 antes que sufrir la afrenta
 de ser en su tierra parias...

XI



El gobierno del Imperio
 les niega beligerancia
 a todos los disidentes
 que no lamían sus plantas,
 y con su delirio insano,
 y con su impotente rabia
 para acabar con los libres
 sus cortes marciales planta.
 Estos tribunales fieros
 en los patriotas se ensañan:
 capturan a los que veían
 de disidentes con trazas.
 Y la sentencia de muerte
 recaía sin tardanza.
 En la mañana siguiente,
 antes de rayar el alba,
 sacaban la pobre víctima

en un carruaje encerrada,
 y en el lugar del suplicio
 dábanle el tiro de gracia;
 y la ley de 3 de octubre,
Ley ad terrorem llamada.
 Hizo en México más víctimas
 que la más terrible plaga...

XII



ALGUNOS, desalentados,
 por vicisitudes tantas,
 y faltos de fe, se indultan
 y al francés rinden sus armas;
 otros cuyas fortalezas
 ningún peligro acobarda
 el perdón que se les brinda
 devuelven entre sus balas:
 de estos pocos era Méndez
 escudo fiel de su patria,
 campeón firme y ardoroso
 como los hijos de Esparta;
 jamás les consiente vicios,
 jamás les tolera faltas;
 los muy escasos recursos
 que sus compatriotas daban
 sin reservar para él nada;
 toma frugal alimento,

su leche es la verde malva,
 y cuando el sol de los trópicos
 su fuego voraz derrama,
 lo cubre la escasa sombra
 de alguna mezquina palma...
 Como premio a su civismo,
 y a su conducta sin mancha,
 de general en despacho
 el Presidente le manda.
 Pedro después de leerlo
 en su cartera lo guarda,
 pues, es ajeno a la pompa
 y a la vanidad mundana.
 Y jamás por entorchados
 su modesta blusa cambia;
 sólo le preocupa el triunfo
 de la causa de su patria...

XIII



CUANDO ya de este valiente
 la bien merecida fama
 llega hasta los pies del trono,
 que la traición levantara,
 le ofrecen oro y empleos,
 prerrogativas y gracias
 en cambio de la patria
 deponga sus limpias armas;

mas el denodado Pedro,
 todo corazón, todo alma,
 desprecia aquellas ofertas
 e indignado las rechaza...

XIV



EL Imperio en su despecho
 al bandido Dupin manda
 para exterminar a Pedro
 y a los que con él andaban;
 su contraquerrilla forma
 toda la gente más bárbara
 y la más infame escoria
 de toda la especie humana.
 Estos modernos cosacos
 aquel virgen suelo talan;
 incendian pueblos enteros,
 estupran, roban y matan;
 pero, Pedro aquella sangre
 les hace pagar bien cara:
 les desvela por la noche,
 por el día los asalta,
 y cuando menos esperan
 se aparece entre las zarzas,
 y con sus certeros fuegos
 diezma a la feroz canalla...

XV



EL teatro de esa guerra
 de exterminio y de matanza,
 se convierte en cementerio
 y mil cruces se levantan;
 de cada mezquite pende
 un colgado entre las ramas,
 y amarillean los pastos
 en donde chorrea la grasa
 de aquellos desventurados
 que las auras devoraban;
 blanqueadas las osamentas,
 por el sol y por el agua,
 hacían erizar los pelos
 del osado que allí andaba...
 Pero, Pedro, ajeno al miedo,
 en su tarea no desmaya,
 y por uno de los suyos
 que los bandidos colgaban,
 les captura cuatro o cinco,
 y a la eternidad los manda;
 al decrepito bandido
 hace temblar tanta audacia,
 y hasta en su intranquilo sueño
 con Pedro Méndez soñaba.

XVI



PASA por aquellos sitios
 donde Pedro se encontraba,
 una columna enemiga
 que rumbo a Victoria marcha;
 mil franceses la componen
 y es gente de las tres armas;
 el terrible guerrillero
 dispónese a hostilizarla,
 pues, lo escaso de su gente
 le impide librar batalla;
 doscientos valientes tiene
 y ante impotencia tamaña,
 se prevale de la astucia.
 Que el peligro de la patria
 santificaba a los medios
 a que el patriota apelara,
 y aunque fueran reprobados
 no eran más que represalias.
 Él y su gente, la tierra
 bajo de una cuesta cavan,
 en punto que la columna
 debe tocar en su marcha,
 y dos barricas de pólvora
 introduce entre la zanja,
 de donde sale una mecha
 de quince varas de larga.

Echa suerte entre los suyos
por ver a quien le tocaba
la descabellada empresa
de pegar fuego a la trampa;
la suerte designa a Pedro
y aunque todos le rogaban
que los deje sustituirlo
en su empresa temeraria
él se obstina, pues, su pecho
los peligros no acobardan.
A su idolatrada madre
escribe una breve carta;
lo abrazan sus compañeros
y lo esperan a distancia,
él se queda en aquel sitio
medio oculto entre las ramas;
el eslabón, piedra y yesca,
de entre su bolsillo saca
y espera el supremo instante
pues la columna no tarda...
Y cuando ésta con sus trenes
por el sitio fatal pasa,
le pega fuego a la mecha
y aquel polvorín estalla
arrojando por el aire
más de cincuenta polainas.
Pedro, de entre los escombros,
da vítores a la patria;
sus enemigos lo escuchan

y le hacen una descarga,
 quedando el valiente Pedro
 acribillado de balas,
 arrastrándose se acerca
 a do su caballo estaba;
 mas de sus heridas brotan
 torrentes de sangre cara;
 y falto de aliento y fuerzas
 cae en tierra y se desmaya,
 en tanto que los franceses
 fieros sobre él se abalanzan...

Y ya lo tienen por suyo
 y posan en él su garra,
 cuando a escape diez jinetes
 caen como bomba y asaltan
 a los que a su amado jefe
 hacer prisionero osaban,
 y subiéndolo a la grupa
 valerosos lo rescatan...

XVII



SALTANDO luego entre peñas
 lo conducen a su casa,
 situada entre grandes riscos
 de aquella feroz montaña,
 do nomás esos valientes

y alguna silvestre carta
 tiene acceso, y el nido,
 que puede llamarse de águilas,
 tan risueño en otros tiempos,
 cubierto de duelo se halla.

XVIII



SU madre a Pedro, la sangre
 de sus heridas restaña,
 prodigando mil cuidados
 al hijo de sus entrañas...
 Y Pedro vuelve a la vida,
 y a los suyos que allí estaban
 transidos de sentimiento,
 llenas de dolor sus almas,
 con voz débil, pero firme,
 les dirige estas palabras:
 "¿Qué hacéis por aquí? Marchaos,
 que os necesita la patria;
 al frente del enemigo
 está vuestro sitio; ¡a la arma!
 Y perseguid la columna
 ¡Hostilizada! ¡Diezmadla!
 En cuanto a mí no os aflija
 la suerte que aquí me aguarda;
 si vivo, yo iré a buscaros
 por los llanos y montañas;
 y si muero ¡que el Eterno,

reciba en su seno mi alma!"
 Así les dice, y los fieles
 habituados como estaban
 a obedecer de su jefe
 ciegamente la palabra,
 le abrazan y se despiden
 vertiendo copiosas lágrimas...

XIX



LOS traidores y franceses
 pasmados de audacia tanta,
 la vida de Pedro Méndez
 ponen a precio en las plazas:
 un bribón que en otros tiempos
 con el guerrillero andaba,
 y a quien éste, de los suyos,
 por ladrón eliminara,
 a los de Dupin ofrece
 guiar hasta la morada
 do el bravo y sencillo Pedro
 casi agonizando estaba.
 Una infame comitiva
 se pone en la noche en marcha;
 y por ásperas veredas
 y por sendas escarpadas,
 silenciosa se dirige
 por la elevada montaña...

La casa de Pedro avistan
 cuando aún es de madrugada.
 El sitio el infame guía
 con el dedo les señala,
 y recibe luego el premio
 de su vileza y su infamia;
 los bandidos se apresuran
 y la casa circundaban...

XX



A Pedro su madre vela
 sentada junto a la cama
 y cuando escucha el ruido
 que por fuera hacen las armas,
 le despierta, y él herido
 de la cama se levanta;
 ayudado de su madre,
 la pesada losa aparta
 de la boca de un conducto
 que previsor practicara
 con tres de los compañeros
 de toda su confianza,
 cuando sobre aquellos riscos
 fundó la modesta casa,
 y cuyo conducto tiene
 salida a grande distancia.
 Se despide de su madre,

que con efusión le abraza,
y al subterráneo desciende
con serenidad y calma...

XXI



LOS bandidos entre tanto
la puerta descerrajaban
y penetran al recinto
do la desolada madre
con tranquilidad espera
la suerte que allí le aguarda;
¿dónde está Méndez? Pregunta
la chusma desenfrenada.
La madre sin conmoveerse
contesta que lo ignoraba;
pero, se acercan al lecho;
caliente aún está la cama,
la huella de su cabeza
está impresa en la almohada,
y rojas manchas de sangre
aparecen en las sábanas;
entonces aquellos bárbaros,
viendo que se les engaña,
a la pobre madre insultan
con palabras tabernarias...

XXII



PEDRO entre tanto salía
 a do su caballo estaba;
 y reanimándolo el fresco
 y el rocío de la mañana,
 ligero como un cabrito
 sobre el noble animal salta;
 pero, no quiso alejarse
 de aquellos viles canallas,
 sin mostrarles su presencia,
 sin cambiarles una bala:
 ¡Viva México!, les grita
 y su revólver descarga;
 a uno de los bandidos
 el vil corazón traspasa,
 y entonces ya satisfecho
 descende de la montaña...

XXIII



LOS infames asaltantes
 en su despecho y su rabia,
 vengar en la madre quieren,
 del noble Pedro la audacia;
 uno de ellos con marrazo

rudo golpe le descarga
 en la cabeza, y la sangre
 por sus mejillas resbala,
 entonces aquella madre,
 en otros tiempos tan cándida,
 cual leona que a sus cachorros
 el cazador arrebatata
 se enfurece, y a uno de ellos
 quita de la mano una arma,
 y con ella hiere a cuatro
 de los que su brazo alcanza;
 pero sucumbe, y las manos
 le ligan con una reata
 y la conducen en triunfo
 a donde Dupin estaba.
 El bandido en el momento
 que le den azotes manda;
 y así acaban los infames
 aquella valiente hazaña...

XXIV



PEDRO errante por los bosques,
 sin alimento y sin agua,
 bajo los candentes rayos
 del sol que la tierra abrasa,
 sus fuerzas se desfallecen,
 sus heridas se agusanan,
 y cae perdiendo el sentido

junto al tronco de una palma;
 sólo su noble caballo
 a sus pies haciendo guarda...

XXV



DE pronto el fiel animal
 relincha, el cuello levanta
 teniendo la vista fija
 en lo alto de una cañada,
 en donde un tropel se escucha
 y el ruido de unas armas:
 eran los del bravo Pedro
 que anhelosos lo buscaban:
 y cuando el noble caballo
 les indica dónde se halla,
 descienden, y aquellos bravos
 risueños entre las balas,
 al ver aquel triste estado
 en que a su jefe encontraban,
 sienten que copioso llanto
 se desliza por sus barbas...
 Forman luego una camilla
 con un sarape y dos lanzas,
 y a Pedro con mucho tiento
 del duro suelo levantan...
 Y quiso la Providencia
 que aquel patriota sin mancha

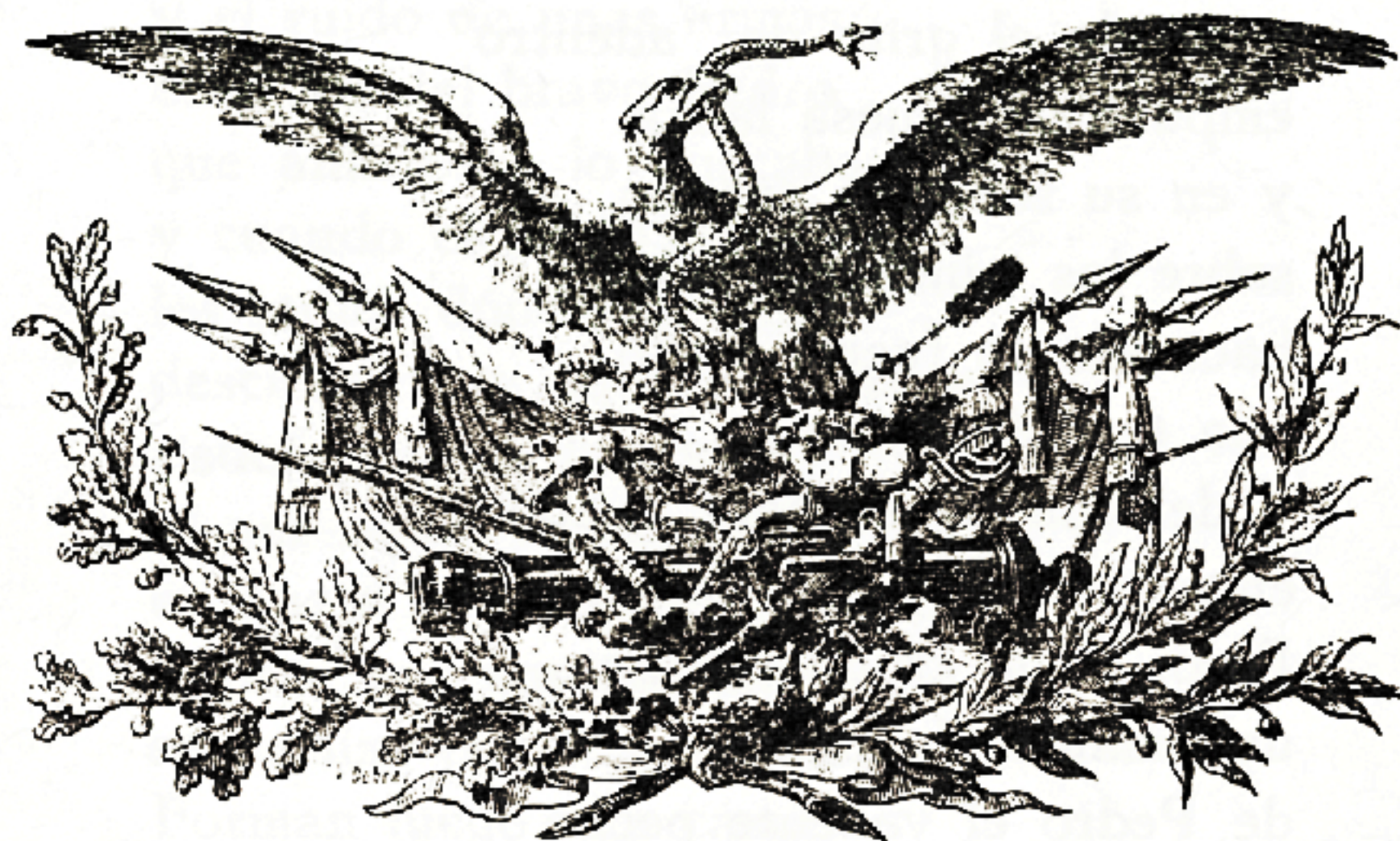
aún pudiera brindarle
un día de gloria a la patria.

XXVI



AL cerradas sus heridas
en Tantoyuquita asalta
un convoy que algunas tropas
aguerridas, escoltaban,
Pedro marcha a la cabeza,
lugar que siempre ocupaba,
y dando el grito de "adentro"
empuña su gruesa lanza,
y en su soberbio caballo
sobre las trincheras salta,
haciendo su fuerte brazo
una terrible matanza
y del convoy se hace dueño
entregándole a las llamas...
Pero, en la cruda refriega
una maldecida bala
de Pedro el valiente pecho
de parte a parte traspasa,
y en los brazos de los suyos
el postrer aliento exhala
exhortándolos a todos
a que mueran por la patria...

Así acabó su existencia
aquel león de Bengala,
fuerte escudo del derecho,
fiel defensor del Anáhuac,
y a cuyo solo recuerdo
aún se electriza mi alma...
¡Imitado, compatriotas,
cuando os requiera la patria!



En la ciudad de México a los 24 días del mes de mayo de 1977, se terminó de imprimir esta obra en los talleres litotipográficos Impresiones Rodas, S. A., Comonfort 48 local 45. México 2, D. F. para Manuel Porrúa, S. A., Librería. La edición consta de 500 ejemplares.